



Lindo día  
para volar

Sukaczer, Verónica

Lindo día para volar / Verónica Sukaczer ; editado por Laura Leibiker ; Francisco Gorostiaga ; ilustrado por Rodrigo Folgueira. - 1ª ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Grupo Editorial Norma, 2022.

160 p. : il. ; 20 x 14 cm. - (Torre Azul)

ISBN 978-987-807-058-2

1. Narrativa Infantil y Juvenil Argentina. I. Leibiker, Laura, ed. II. Gorostiaga, Francisco, ed. III. Folgueira, Rodrigo, ilus. IV. Título.

CDD A863.9282

© Del texto, Verónica Sukaczer, 2012

© De las ilustraciones, Rodrigo Folgueira, 2022.

© Editorial Norma, 2022

Av. Leandro N. Alem 720, Ciudad de Buenos Aires, Argentina.

Reservados todos los derechos. Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra sin permiso de la editorial.

Marcas y signos distintivos que contienen la denominación “N”/Norma/Carvajal® bajo licencia de Grupo Carvajal (Colombia).

Primera edición: julio de 2022

Impreso en la Argentina - *Printed in Argentina*

Dirección editorial: Laura Leibiker

Edición: Francisco Gorostiaga

Corrección: Patricia Motto Rouco

Jefa de arte: Valeria Bisutti

Diagramación: Romina Rovera

Gerenta de producción: Paula García

Jefe de producción: Elías Fortunato

CC: 61100486

ISBN: 978-987-807-058-2



# Lindo día para volar

Verónica Sukaczer

Ilustraciones

Rodrigo Folgueira

Norma

[www.normainfantilyjuvenil.com/ar](http://www.normainfantilyjuvenil.com/ar)



1

## El primer encuentro

El día que conocí a Camacho, entre las ramas de un inmenso eucalipto, me contó su historia:

—Para mí, la vida era la jaula —empezó él, tranquilo, con ese modo que tiene de hablar que a veces te provoca ganas de sacudirlo un poco, arrancarle una pluma—. Yo no sabía que había otra cosa, un afuera, ¿me entiende usted?

—Sí, entiendo. ¿Qué tal si nos tuteamos? ¿Tu nombre...?

—Camachuelo.

—Camacho, viejo y peludo. No, peludo no, viejo y plumero.

Me reí. Solo.

—¿Puedo seguir? —preguntó él. Qué podía decirle. Yo estaba ansioso, todo era nuevo para mí.

Me acababan de liberar hacía apenas un instante y lo primero que había hecho era volar hasta el eucaliptus, sintiendo que la vida comenzaba de nuevo, que todo había cambiado.

—Seguí, Camacho, seguí.

—Camachuelo.

—Eso, lo que vos digas. ¿Hace cuánto que sos libre?

—¿Qué día es hoy?

—Sábado.

—Entonces, desde ayer.

—¡Por el gran pico! —exclamé—, ¡ya sos un experto en libertad!

—Había nacido en jaula y pensaba morir en jaula —siguió Camacho, tan pacífico—. No conocía otra cosa.

—Eso ya lo dijiste, adelantá, dale.

Camacho me miró de tal manera... hizo un gesto así con el pico que temí por la integridad de mis ojos. Del izquierdo y del derecho. Pero era Camacho. Camacho no picoteaba a nadie, a menos que fuera absolutamente necesario.

—Y estaba bien, lo de la jaula. Era un hogar. Reducido y con barrotes, pero hogar al fin. Mi humano me alimentaba cada día, me brindaba agua fresca y cuidados veterinarios, y lo único que exigía de mí era que estuviera. Que me

quedara en la jaula e hiciera lo único que sabía hacer: ser pájaro.

—¿Y volar? ¿Qué me decís de volar, Camacho?

Las plumas de la cola de Camacho se agitaron.

—Yo no sabía qué era volar. Así como no sabía qué era la libertad.

—¿Te cortaban las plumas de las alas?

—Cada semana, prolijamente. Pensaba que aquello era como ir a la peluquería, para que me viera mejor, ¿me entiende usted?

—Te entiendo —dije—, a mí también me las cortaban.

—Un momento. Usted no se ha presentado —dijo Camacho y a mí me gustó que reparara en mí. Hasta ahora nadie me había preguntado mi nombre.

—Yaco, me dicen Yaco. Loro gris africano, a mucha honra.

Camacho se quedó pensando.

—Todos los loros que he conocido son... coloridos, por lo menos.

—Yo soy exótico —retruqué, algo ofendido por el comentario de mi nuevo amigo—. Mis plumas son grises, pero mi alma tiene todos los colores del arco iris.

—Poético... —dijo Camacho.

—Que te recontra —respondí, por las dudas.



2

## Un regalo único

—¿Y entonces...? —pregunté. A Camacho había que guiarlo un poco para que contara su historia.

—Entonces llegó ella —dijo.

—¿Ave?

—No.

—¿Canina?

—No.

—¿Felina?

—No.

—¿Humana?

—Sí.

—Prip. ¿Cómo era?

—Era como la brisa de primavera trayendo aromas de jazmines. Era como un rayo cálido y brillante de sol.

—Físicamente, decía yo.

—Ah, era linda, creo. Cabello castaño muy corto, mirada curiosa. No muy alta, no muy baja. No muy flaca, no muy gorda.

—Vos sí que sabés describir, Camacho. Pero decime una cosa, ¿tenía, en el hombro izquierdo, un par de alas tatuadas?

—Sí —dijo Camacho.

—¡Es la misma! ¡Es la misma! —salté yo, y festejé con mis alas.

—¿La misma que quién?

—No importa, Camacho, vos contame tu historia, que después yo te cuento la mía.

—¿Podría pedirle un favor? —me pidió él.

—Por supuesto.

—¿Podría intentar no interrumpirme por las próximas, no sé, cinco oraciones?

—Haré lo posible —dije.

—Ella llegó a la Feria de los Pájaros a primera hora. Se paseó sin apuro por entre todos los puestos, habló con los vendedores, se detuvo frente a un canario allá y frente a unas ninfas más acá. Y entonces llegó a donde estaba yo, en mi jaula, haciendo de pájaro. Yo sabía que un día me iría de la Feria. Ya había visto irse a mi amigo jilguero, a un papagayo esplendoroso, a cinco o seis cotorras australianas. Pero yo seguía allí.



—Perdón, Camacho, creo que fueron más que cinco oraciones. Me toca. ¿Irte, a dónde?

—No sé, amigo. Cada día de Feria pasaba lo mismo: venía un humano, pagaba y se llevaba la jaula con el jilguero. Venía otro humano, pagaba, y se llevaba dos cotorras. Para qué, me lo he preguntado miles de veces. ¿Compañía, divertimento, sacrificios, experimentos médicos? El hecho es que ayer, por fin, me eligieron a mí. La chica de los ojos curiosos se paró frente al único hogar que había conocido y me sonrió. Solo eso: me sonrió. Sabe usted que nosotros no sonreímos como los humanos, pero igual hice todo lo posible por congraciarme con ella. La miré y mantuve mi mirada. Le regalé un par de gorjeos, a pesar de que no soy muy afecto a la música, y batí mis alas.

—¿Y todo eso para qué, Camacho?

—Había algo en ella... algo que me decía que era bueno que me eligiera. Y tenía razón. La vi pagarle a mi humano, señalar mi jaula y luego la sorpresa: me estaban cambiando de manos. Me estaban separando de todo lo conocido y me enviaban hacia lo nuevo, lo desconocido.

—¿Y entonces?

—Ella me llevó al banco que está debajo del gomero. Se sentó sin apuro, disfrutando del sol. A mí me dejó a un lado y, cuando pensé que me

había olvidado, que se levantaría y se iría y me dejaría allí, solo y para siempre, sucedió la magia.

—¿Un truco?

—Ningún truco, amigo Yaco. Ella abrió la puerta de la jaula. Yo no supe qué hacer en un primer momento. Pensé que se trataba de una trampa, que se avecinaba un peligro. Me preparé para lo peor. Pero entonces vi sus ojos, sus labios que pronunciaban palabras que no entendí pero que sospeché buenas palabras y vi la luz, el aire, este árbol, el cielo. Vi la libertad.

—¿El aire y la libertad? ¿Vos ves cosas que nadie más puede ver?

Camacho no me hizo caso. Siguió:

—Y entonces extendí mis alas. Lo había hecho muchas veces dentro de la jaula, claro, pero solo como un mero ejercicio, como cuando uno agita la cabeza o estira las patas. Y hasta ese momento no había entendido cabalmente cuál era la función de esa parte de mi cuerpo. Pero esta vez todo funcionó por instinto. Abrí mis alas y volé.

—Y te hiciste pelota contra las rejas de la jaula, ¿no?

—No, amigo. Recuerde que la puerta estaba abierta. Volé hacia el cielo, hacia la libertad. Volé como un pájaro.

—Bueno... no te entusiasmes tanto... no llegaste muy lejos —dije, mirando la Feria de los Pájaros que se extendía debajo de nosotros—. Está bien que este eucalipto es bastante alto, pero alto no es lejos. ¿O sí? No importa, ¿y ella?

—Ella se quedó un rato mirándome ir, luego se levantó y se marchó. Eso fue todo. La jaula la dejó en el banco. Mi antiguo humano corrió a recuperarla. Y esa es mi historia. No he ido lejos, es verdad... no me pregunte por qué. Creo que la libertad me atemoriza un poco, todavía. O tal vez mis alas no han crecido lo suficiente para llevarme a donde sueño ir. ¿Y usted?

—¿Yo qué, Camacho?

—Dijo que me contaría su historia cuando yo terminara la mía.

—La misma historia. Hoy vino ella, le pagó a mi dueño, abrió la puerta de la jaula y yo volé. Esa chica nos ha hecho un regalo único: nos ha regalado la libertad, Camacho.

—Qué poder de síntesis, amigo Yaco.

# Índice

1. El primer encuentro .....	5
2. Un regalo único .....	9
3. ¿Cómo sigue la vida? .....	15
4. Dos pobres y patéticas aves .....	21
5. La chica de las alas .....	25
6. El carnicero .....	31
7. El arte del mimetismo .....	35
8. Espina, bicho muerto .....	41
9. Un loro inflado y enorme .....	49
10. Qué tipo macanudo .....	55
11. El aparato hablador .....	61
12. Muertos loros vivos .....	67



13. Hablando con un pájaro .....	75
14. Amanda .....	81
15. El libertador .....	89
16. Un día lleno de aventuras .....	95
17. Una segunda oportunidad .....	101
18. Dos ideas en un día .....	107
19. Pum al corazón.....	113
20. Un día Yaco .....	119
21. La gran Kaka .....	125
22. Vuelo libre .....	133
23. Sin despedidas.....	139
24. Picotacitos .....	147